

Entrevista a Alicia Gil Gómez

Por Xelo Valls



ALICIA GIL GÓMEZ (Madrid, 1954)

Es gerente de la Fundación Isonomía para la igualdad de oportunidades.

Es una mujer de izquierdas que vivió el final del franquismo y la transición desde el compromiso político y público.

De familia materna de izquierdas que fue represaliada y su padre fue un «niño de la guerra» que de camino a Rusia se hubo de quedar en Castellón, un vínculo que muchos años después hizo que Alicia viniera a esta ciudad.

¿Cómo ves desde la distancia la realidad de las mujeres de finales de los 60 y de los 70?

El franquismo no tenía medias tintas, era un sistema de principios injustos básicos que aún se agudizaban más para las mujeres. La educación que recibíamos las mujeres era para ser una buena madre y esposa dentro de una formación de ideario católico. Si cumplías con el molde eres buena, si no mala. Esto se reforzaba con todas las actividades, actuaciones y maneras de la Sección Femenina.

Incluso existían dos currícula diferentes según el sexo que después venía reflejado en dos patrones sociales bien diferenciados. Las mujeres éramos educadas fundamentalmente para la abnegación y el sufrimiento. Y para el mundo privado.

Tanto es así que el marco normativo era claramente de dependencia para hacer «actividades públicas» como podía ser trabajar fuera de casa. Se necesitaba una certificación de buena conducta que siempre debía estar avalada por un hombre.

Ante esta situación o te sometías o te rebelabas.

Tú elegiste la rebelión, ¿no? ¿Cómo llegaste al compromiso?

Si, elegí la militancia en la izquierda en un momento de clandestinidad. Como tantas otras personas, me «proletaricé» y empecé a trabajar en Sanidad como Auxiliar de Clínica. Militaba en CCOO en la clandestinidad. Era el único sindicato que en aquel momento funcionaba. También militaba en otros ámbitos: asociación de vecinos S. José Obrero del barrio de Carabanchel y en la universidad.

¿Y cuál era el papel de las mujeres en ese tejido de militancia?

También la izquierda reproducía los esquemas machistas. Las mujeres nunca estaban en lugares de decisión, siempre en la sombra hasta que triunfara la revolución.

El debate sobre la vida cotidiana, el trabajo diario, el de la vida privada se interpretaba incluso como un debate «pequeño burgués». La centralidad del debate estaba en el trabajo productivo, nunca en el trabajo sumergido ni en el reproductivo (que era el que protagonizábamos las mujeres, claro).

Incluso las parejas que ambos militábamos, el patrón se reproducía.

Y en algún momento se produce un deseo de cambio. ¿Cómo se produjo?

En 1975 empiezan a moverse los movimientos feministas. Las feministas aportaron a las mujeres de izquierda herramientas para ver cómo se estaba llevando a cabo la práctica política en masculino.

Y ese cuestionamiento hace que en el discurso de las organizaciones de la izquierda se hacía de menos el feminismo. Incluso al punto que muchas de nosotras no nos definíamos ni reconocíamos feministas porque no era bien visto por los compañeros. Pero no fue siempre así. A los 80 empiezo a reconocirme y considerarme feminista. Abandono la organización referente en la que militaba (Liga Comunista Revolucionaria) porque no me siento respetada como mujer.